

# La ética de las elecciones

E.  
MIRET  
MAGDA  
LENA

**L**A Comisión Nacional Justicia y Paz está en una encrucijada. Cuando nos encontrábamos en pleno franquismo, y el silencio era una imposición más dentro de la estructura de ese régimen dictatorial, esta Comisión cumplió un cometido importante: pudo hablar de muchas cosas que otros no podían decir. Su palabra fue difícil porque tuvo que sortear múltiples escollos que constantemente le ponían, no sólo los dirigentes de la política de entonces, sino también muchos obispos.

Hoy, sin embargo, gran parte de estos obispos que se mostraban antes tan reticentes con su labor, reconocen el buen papel que hizo este organismo católico en aquellas épocas del silencio. Pero nos encontramos hoy con la necesidad de buscar un nuevo cauce y un nuevo camino que sean eficaces dentro del nuevo contexto político-social del país. Contexto que ha variado en parte, pero que todavía puede variar mucho más en un próximo futuro.

Hace unos días organizó algo que puede ir en la línea de este nuevo cauce que tiene que encontrar. Un grupo de personas católicas hablamos en una mesa redonda, dirigiéndonos a un público heterogéneo, acerca de la "Perspectiva Ética de las Elecciones en España". Los aspectos políticos y jurídicos, así como el problema de las nacionalidades y la perspectiva obrera en torno a las elecciones, fueron tratados por los componentes de la mesa redonda, que no tuvo más defecto que la escasa participación que se le dejó al público. Ruiz-Giménez habló de la perspectiva política, Rafael Arias Salgado de la jurídica, Juan Gomis de las nacionalidades y Bonifacio Rojo de la perspectiva obrera. Yo me ocupé de la perspectiva ética concreta de las próximas elecciones. Y todo estuvo presidido por el arzobispo de Oviedo, don Gabino Díaz Merchán, quien adoptó la discreta postura que debía adoptar siempre toda la Iglesia española para compensar el protagonismo dominador que tuvo durante el franquismo, aliándose bien poco dignamente con el poder político y con el poder económico.

En artículos sucesivos pienso desarrollar este problema de la ética de las elecciones, concretándome a las elecciones que en España se van a producir dentro de poco. Creo que se necesitan voces éticas que adopten un punto de vista crítico y objetivo sobre nuestras elecciones, ya que muchas veces el fragor de la lucha cotidiana por conseguir que se abra un camino de participación auténtica, nos esconde la perspectiva de lo que estamos haciendo. Para mí la ética no es un código de normas que nos vienen de arriba (sea de la sociedad o del cielo), sino algo que intenta favorecer el desarrollo de la per-

sona humana en todas sus dimensiones individuales y sociales. Por eso, si se entiende la ética así, es importante que hoy se levanten voces que intenten hacer esta reflexión y estimular a todos a que la hagan con serenidad, con imparcialidad y con independencia. Que no demos el espectáculo de una carrera desahogada por conseguir un puesto en la próxima legislatura; sino que sepamos adoptar con dignidad una postura firme que no caiga nunca en el oportunismo ni en el personalismo.

Ética es "el desarrollo personal por medio del sentido social", como recordaba hace años el gran pedagogo ruso Makárenko. Lo contrario de lo que fomentó muchas veces el franquismo en estos últimos 40 años; y lo que olvidó de enseñarnos la Iglesia española durante este período de nacional-catolicismo, que abarcó nuestra vida política de los dos últimos siglos y que tuvo su expresión culminante en este último período de nuestra historia.

Marx en "El Capital" venía a decir una cosa semejante: lo que debemos hacer, lo que es ético, es intentar, pasar "de fragmento de hombre a hombre total en una sociedad del futuro". No podemos conformarnos con ese hombre disminuido, incluso monstruoso, que ha construido en España el nacional-catolicismo, en el cual la libertad y el sentido social brillaban por su ausencia porque se nos introducía el miedo a la libertad humana por un lado y, por otro, se nos inculcaba un egocentrismo radical representado en una concepción de la salvación individual-asocial, por tanto— como meta de nuestro perfeccionamiento religioso y moral. La exclusión de los otros, en las cosas más íntimas y más profundas, era la tónica de aquella educación falseante de los valores profundos del ser humano.

La religión bautizó en España esa moral burguesa en la cual todo se compra y todo se vende: la honradez, la dignidad, la tranquilidad, la apariencia de libertad, el desarrollo humano. Y hasta la salvación religiosa se compraba con nuestras limosnas al culto y clero, o con nuestros jubileos e indulgencias.

Pero hoy la perspectiva ha cambiado radicalmente. Lo que muchos cristianos olvidaron al centrarse en el sentido individualista dejando de lado el sentido social, lo recuperó en el siglo pasado el socialismo científico; y hoy tenemos que acudir a él los propios cristianos, para comprender el Evangelio sin dejarnos llevar por las deformaciones de esa moral religioso-burguesa que ha privado en Occidente y que todavía es el leit-motiv de algunos grupos religiosos católicos.

Hemos de encontrar, por eso, una raíz para la ética social con el fin de que no se desvíe nuestra mente y se desorienten nuestras acciones. Nunca fue más verdadera aquella observación de Pascal: "El principio de la moral es que nos esforcemos en pensar adecuadamente".

Hemos de proclamar claramente, contra todas las dictaduras y contra todas las moderaciones, que "el principio básico de ética social es que la soberanía reside, en último término, en el pueblo". Y que tal soberanía no debe provenir nunca ni "de la fuerza ni del engaño", sino que ha de resultar del "consentimiento popular libremente expresado". Esto es lo que con toda razón dijo hace pocos meses el Secretario de la Comisión Episcopal de Apostolado Social, mal que les pese a los católicos integristas o reaccionarios españoles que se rasgan las vestiduras en cuanto oyen hablar de la fuerza del pueblo, expresada pacífica y libremente, y quieren sustituirla o por la dominación del cielo (naturalmente que interpretado por ellos), o por la dominación de la fuerza bruta a la que tan acostumbrados nos tuvo el reaccionarismo católico que comenzó, sobre todo, a principios del siglo XIX.

Yo aquí he recordado muchas veces que la gran desgracia de esta época fue que nuestros dirigentes católicos padecieron el olvido sistemático de nuestros grandes moralistas del siglo XVI, que se llenaban la boca de repetir este principio en la forma más dura, más expresiva y más tajante. Nuestro gran fraile contestatario de la colonización en América, fray Bartolomé de las Casas, O. P., enseñó a los cuatro vientos lo que habla aprendido en la Universidad de Salamanca: "Que el pueblo mismo es la primera fuente y origen de toda clase de poder y de jurisdicción". De tal modo que, como recordaba también Roa Dávila: "El pueblo mismo es el que da y nombra sus propios gobernantes, les da su jurisdicción, la limita y extiende a su arbitrio".

Ese es el primer principio que debe inspirar nuestras futuras elecciones. Y la estructura política y jurídica de las mismas tiene que corresponder práctica y claramente a este concepto porque, si no, poco habremos adelantado. ■